

# *El historiador Cervantes y los entes de ficción*

Francisco Morales Lomas

Universidad de Málaga

# 1. Cervantes historiador del Quijote. Don Quijote en el prólogo cervantino de 1605. Primeras impresiones.

Cervantes explica en el Prólogo con todo tipo de coartadas y alegatos las razones de esta obra y también de su creación y de su organización. De hecho, Martín de Riquer ha dicho que “aparenta ser hombre de poca cultura”<sup>1</sup>. Justificaciones de cara al lector en general, pero también de cara a los lectores subyacentes. Actúa con falsa modestia y siempre con el sarcasmo como recurso indeleble, así como con un lenguaje subliminal y ambiguo. Pero si esta es la catadura sugerente con la que se nos presenta, no menos excitante es la primera definición del personaje. En este tránsito inicial nos define a don Quijote como “un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno”<sup>2</sup>. Realmente no define grandes derivaciones de su personaje, si acaso algunas ideas muy genéricas: el físico (extrema delgadez), el carácter (deseos vivos y pasajeros de algo), los pensamientos (algo tan indeterminado como calificar sus pensamientos de *varios*; todos tenemos pensamientos varios permanentemente); y, por último, la originalidad al imaginar. Ideas que a continuación justifica como personaje que se ha engendrado en una cárcel. No hace alusión, por ejemplo, a su «ancianidad», ni hace referencia a su «locura». Dos rasgos definitorios sobre los que la recepción crítica ha vertido todo tipo de juicios. Cervantes sólo genera una llamada de atención inicial en el lector sobre físico, carácter y pensamientos. Y nada más.

Y esto es así porque la arquitectura del personaje hasta convertirlo en modelo o arquetipo se va produciendo a través de diversos procesos constructivos/deconstructivos. Carroll Johnson<sup>3</sup> los resumía en las siguientes ideas:

“Antes de pasar a la construcción del personaje Cervantes, hace falta identificar a los varios constructores: (1) los personajes mismos, que se definen por lo que dicen y lo que hacen; (2) los demás personajes, que emiten juicios y opiniones acerca de sus compañeros de texto (y que en el mismo acto de hacerlo se definen o se delatan a sí mismos); (3) narradores, que ofrecen descripciones de cualidades físicas y morales, además de narrar las acciones llevadas a cabo por los personajes”.

---

<sup>1</sup> M. de Riquer, “Nota 10” en *Don Quijote de la Mancha*, Vol. 1, 1994, pág. 81.

<sup>2</sup> M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Vol. 1, 1994, pág. 78.

<sup>3</sup> C. Johnson, “La construcción del personaje en Cervantes”, *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15. 1, 1995, págs. 8-32 [15].

Pero ya hacia el final, tras la interpolación de un supuesto amigo (argucia literaria frecuente en él) que le ofrece diversas razones sobre los prólogos, Cervantes hace surgir a un Quijote enamorado, y su objetivo es contar la historia del famoso don Quijote de la Mancha. Es decir, ya le da carta de naturaleza, como si su existencia fuera previa al texto, como si nos estuviera anunciando algo de la estructura que después conoceremos. Dice Cervantes:

“El alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero”<sup>4</sup>

No dice que escribe una obra inventada, tampoco dice que él sea el autor. Sino que es una historia de un famoso don Quijote de la Mancha. Sin duda que la fama es un concepto que se construye cuando los demás lo interiorizan y, en consecuencia, es un proceso anterior. Cervantes no nos habla de alguien a quien él crea sino que ya tiene vida previa<sup>5</sup>. E insiste en que todos los habitantes del campo de Montiel lo conocen. Cervantes se situaría así como uno más que ha oído hablar del <personaje>, de la <persona>, o del <ente novelesco> (todavía no sabemos lo que es). Se situaría, por tanto, en un perspectivismo de corte brechtiano, en un distanciamiento típico que él inaugura en la historia de la literatura: “Manteniéndose a distancia de lo que escribe, Cervantes puede unir dos ideas que sean recíprocamente contradictorias”<sup>6</sup>. Cervantes juega a ser y no ser el padre de la criatura (padrastró de don Quijote dice en este

---

<sup>4</sup> Cervantes, *op. cit.*, págs. 40-41.

<sup>5</sup> Cervantes nos dice que encuentra datos del *Quijote* investigando en los anales de la Mancha. Luego dirá, al término de la primera parte que el autor de la historia no había podido encontrar datos de la tercera salida del caballero, conservados en las memorias manchegas... También nos hablará en el capítulo VIII de la primera parte de un segundo autor: “Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido” (*Don Quijote*, *op. cit.*, pág. 163). Sobre este asunto J. Alborg, *Historia de la literatura española*, Madrid, Vol. II, 1977, pág. 158, decía lo siguiente: “Quedan pues unos hechos ciertos: el Quijote salía a la luz en 1605 y para entonces hacía tiempo que estaba muerto el hidalgo. Sin embargo, al comienzo de la segunda parte el bachiller Sansón Carrasco le lleva al caballero la estupenda nueva de que su historia andaba ya en un libro y que se llevaban impresos lo menos doce mil ejemplares en ediciones de Portugal, Barcelona y Valencia. De donde resulta, que don Quijote, al que se supone muerto al ser publicada la parte primera, no era anterior sino contemporáneo a la edición de su historia (...) El personaje está cada vez más liberado de la letra, más independiente del libro; no está en el libro, sino fuera de él. El hidalgo obra, y el escritor relata sus hechos como puede, en la medida que los alcanza, como a cualquier historiador le sucede siempre con la materia que investiga”.

<sup>6</sup> E.C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, 1966, pág. 60.

prólogo), a contar la historia de alguien que ya lo precede, que ha vivido en una situación remota. Don Quijote, en consecuencia, es como una especie de *deus ex machina* que se ha inventado a sí mismo<sup>7</sup>:

“El autor de su propio mundo caótico es don Quijote, no Cervantes; no en vano es presentado como loco. El disfraz crea distanciamiento, y esta es la razón fundamental de los muchos desdoblamientos de Cervantes en figuras o voces narrativas, que remiten a un mundo complejo y estratificado”.

Este hecho nos permite decir que don Quijote *ab initio* no es un arquetipo, sino que es un personaje <de carne y hueso>. Este hecho paradójico (personaje, o sea, ente de ficción, y carne y hueso, en consecuencia, persona) plantea la relación entre la vida y la ficción, entre el personaje y la persona:

“Don Quijote trata de transformar en arte la vida que todavía está viviendo, lo cual es imposible de realizar, porque el arte, y el arte idealista más que ningún otro, significa selección, y uno no puede seleccionar todos los fragmentos de su propia experiencia. La vida es una cosa y el arte otra, y saber exactamente en qué consiste la diferencia era el problema que confundía y fascinaba a Cervantes”<sup>8</sup>.

Cuando Cervantes transforma a Quijano en don Quijote está tratando de crear un «mundo otro», un mundo diferente y nuevo, una integración entre el mundo real y el mundo fingido, a través de estas argucias. Y de este encontronazo se producen dos visiones distintas: la de don Quijote y la de Sancho o los lectores de la obra. Es lo que de un modo aproximado le ha llevado a decir a Justino Caminero<sup>9</sup>:

“Cervantes se mueve entre lo concreto y lo abstracto, entre el orden mundano plural y el orbe de valores perfecto o el orden de los universales del arte; entre los objetos y la idea, entre el sensorial Sancho Panza y el visionario don Quijote, que cree en modelos, paradigmas y arquetipos: el amor por Dulcinea, la justicia en los episodios del azotado Andresillo y de los galeotes encadenados...”

---

<sup>7</sup> J. Caminero, “Cervantes semiólogo”, *Cervantes. Estudios en la víspera de su centenario*, I, Kassel, 1994, págs. 1-18 [13].

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 70.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. 7.

Don Quijote considera que la vida es literatura y viceversa. Sancho y los lectores consideran que la vida es sólo vida, y la literatura, literatura. Así es de modo absoluto y casi consustancial en el proceso hasta un momento determinado, sobre todo en la segunda parte en que cambian muchas circunstancias. Sin embargo, cuando los intereses (tan crematísticos siempre) se adueñan de Sancho ya no distingue (no le interesa distinguir) entre vida y literatura, sino que atiende lo que indique su señor. Esto es manifiestamente cierto en el capítulo VIII de la primera parte cuando don Quijote se enfrenta a los frailes de San Benito y Sancho considera que está en una legítima batalla<sup>10</sup> y los despojos le pertenecen: “Sancho Panza vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado”<sup>11</sup>.

Aquí radica la mayor creación de Cervantes, esta integración, que, en cierto modo, va a tratar de explotarla en el XX el realismo mágico, que tiene en Cervantes uno de sus grandes precursores. Su relación más trascendental se producirá con Jorge Luis Borges<sup>12</sup> que verá a Cervantes como a uno de sus grandes padres espirituales. De hecho dirá que una de las cosas más felices que le ocurrieron en su vida fue conocer a don Quijote: “Era una realidad creada por él; es decir, la gente que representa la realidad en Don Quijote forma parte del sueño de Cervantes tanto como Don Quijote y sus infladas ideas de la caballería, de defender a los inocentes y demás. Y a lo largo de todo el libro hay una suerte de mezcla de los sueños y la realidad (...)Entonces tenemos en Don Quijote un doble carácter. Realidad y sueño. Pero al mismo tiempo Cervantes sabía que

---

<sup>10</sup> En esta circunstancia no le importa que su caballero don Quijote esté equivocado o su actuación sea producto de la fantasía enfermiza. También el escudero se contagia; no lo hará obviamente con los molinos de viento donde no podía percibir lucros algunos.

<sup>11</sup> Cervantes, *op. cit.*, pág. 160.

<sup>12</sup> J. L. Borges, “Mi entrañable señor Cervantes”, *Papel Literario de El Nacional*, 1 de agosto de 1999 (En 1968 Jorge Luis Borges pronunció, en inglés, esta conferencia sobre el Quijote en la Universidad de Texas, Austin. El texto fue recobrado recientemente por [Julio Ortega](#) y Richard Gordon e incluido en un número monográfico de la revista estadounidense *Inti*. Esta traducción, la primera que se hace al castellano, fue publicada por la revista española *Letra Internacional*): “Ahora voy al libro mismo. Podemos decir que es un conflicto entre los sueños y la realidad. Esta afirmación es, por supuesto, errónea, ya que no hay causa para que consideremos que un sueño es menos real que el contenido del diario de hoy o que las cosas registradas en el diario de hoy. No obstante, como debemos hablar de sueños y realidad, porque también podríamos, pensando en Goethe, hablar de Wahrheit und Dichtung, de verdad y poesía. Pero cuando Cervantes pensó escribir este libro, supongo que consideró la idea del conflicto entre los sueños y la realidad, entre las proezas consignadas en los romances que Don Quijote leyó y que fueron tomadas del Matière de Bretagne, del Matière France y demás y la monótona realidad de la vida española a principios del siglo XVII”.

la realidad estaba hecha de la misma materia que los sueños. Es lo que debe haber sentido. Todos los hombres lo sienten en algún momento de su vida. Pero él se divirtió recordándonos que aquello que tomamos como pura realidad era también un sueño. Y así todo el libro es una suerte de sueño. Y al final sentimos que, después de todo también nosotros podemos ser un sueño”.

Sin decirlo tan directamente ni con la maestría de Borges, se deduce también de las palabras de Caminero cuando afirma que “se podría sugerir la hipótesis de que las aventuras de don Quijote son la realidad transferida del mundo perceptivo de la fantasía”<sup>13</sup>. Y de ahí que también diga Riley que “Don Quijote es a su manera, entre otras muchas cosas, un artista”<sup>14</sup>. Pero sobre todo las palabras más encendidamente sentimentales las pone Borges: “Y al final, cuando Alonso Quijano descubre que nunca ha sido Don Quijote, que Don Quijote es una mera ilusión, y que está por morirse, la tristeza nos arrasa, y también a Cervantes”.

Siguiendo en esa definición del personaje, Cervantes lo conforma en torno a dos conceptos: el amor (casto enamorado) y el valor (el más valiente). Son dos símbolos o representaciones que definen a todos los caballeros andantes y que, en consecuencia, siguen el tópico de la tradición caballeresca<sup>15</sup>. Y acto seguido le añade dos cualidades más: la nobleza y la honradez. Todo un conjunto de valores que nos permiten adentrarnos en una persona misteriosa plagada de grandes virtudes.

Pero también Sancho tiene su momento de gloria en este prólogo: “Pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas”. Unas palabras que nos advierten de una definición precisa de Sancho en torno al humor (gracias escuderiles).

Así dispuestos, el caballero (casto enamorado, valiente, honrado y noble), y el escudero (gracioso) representarían el tópico perfecto<sup>16</sup>. En ambos tendríamos también el

---

<sup>13</sup> Ibidem, pág. 11.

<sup>14</sup> Riley, op. cit. pág. 70.

<sup>15</sup> En el capítulo VI de la segunda parte, Cervantes, *op. cit.*, pág. 395, desarrolla una defensa ávida de los caballeros andantes en el diálogo con su sobrina y ama, y llega a hablar en términos religiosos de la orden de caballería, tras decirle la sobrina que eso de los caballeros andantes es “fábula y mentira”, a lo que responde el caballero: “Que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho”

<sup>16</sup> R. de Garciasol, “Don Quijote o el caballero” en *Claves de España: Cervantes y el Quijote*, Madrid, 1969, págs. 183-184. En un tono más propio de otros tiempos triunfales declara Garciasol las virtudes de don Quijote de esta guisa: “Don Quijote, el caballero, es la medida humana de nuestras virtudes, a cuyo

arquetipo de los personajes tradicionales que, por ejemplo, habíamos visto en *La Celestina*, con Calixto, Sempronio y Parmeno respectivamente, aunque las diferencias, como veremos sobre el terreno literario, son tan grandes que ya estamos en presencia de otro mundo diferente.

Preceden a la primera parte una serie de poemas, que comentamos en la parte correspondiente, en los que se llevan a cabo encumbrados elogios de los personajes que aparecen en el libro, como era habitual, y tal como hemos visto en el prólogo y tendremos oportunidad en más de una ocasión de comentar más profusamente. Entre ellos destacan el soneto de Amadís a don Quijote. Realiza una exaltación del mismo pero inicialmente lo acerca al ser humano (en tanto llora) para después en los tercetos exaltar su valentía, su patria y la sabiduría del autor de la obra. Aporta pues, una idea que ya había exaltado (la valentía) pero crea otra en la que no había hasta ahora entrado: la humanidad. Don Quijote es un ser humano que llora, aunque llegue a proyectar su valor. Son los valores que, sin duda, estaban en la mente de un soldado como fue Cervantes. Don Belianís de Grecia exaltará las proezas de don Quijote y lo envidiará.

También el escudero Sancho recibe los parabienes del escudero de Amadís de Gaula, Gandalín, que destaca en él varios rasgos: la fama, la llaneza, la cuerda providencia, la bonhomía. Y no le falta razón a Gandalín, pues si grande es la fama de don Quijote, no le va a la zaga la de Sancho quien, a resultas de todo, siempre aparece – a pesar de sus defectos- como una buena persona.

En otros momentos don Quijote es definido como <ilustre y claro> por el Caballero del Febo, pero por primera vez existe una alusión a su locura cuando Solisdán dice en el soneto: “Maguer, señor Quijote, que sandeces/ vos tengan el cerbelo derrumbado”. Solisdán ofrece un recorrido exhaustivo y completo de don Quijote que permite al lector (todavía desconocedor de la historia) a definirlo como deshaciendo entuertos, a pesar de haber sido apaleado, al tiempo que muy preocupado por lo que le pueda suceder a Dulcinea, así como en absoluto vil o soez.

Pero el toque irónico definitivo lo pone Cervantes sirviéndose del diálogo entre Babieca y Rocinante si en otra ocasión se había valido de Cipión y Berganza para hablarnos del género humano, y afirma que “tan rocines como Rocinante” son el

---

logro total debemos aspirar. España, en Don Quijote, dio un ejemplo inmortal a los siglos que fueron y a los que esperan ser, haciendo del caballero de la Mancha sinónimo de honor, hidalguía, nobleza, heroísmo, esfuerzo, buena crianza, hombría de bien, castidad, sabiduría y liberalidad. Todo ello adobado con un grano de santa locura, luminaria ideal luciente bajo la bóveda del cráneo”.

escudero y su amo. Este descenso a la animalidad lejos de destruirlos los encumbra aún más desde mi punto de vista, porque los hace más cercanos al lector. Pero sobre todo destaca un concepto filosófico trascendente cuando dice Rocinante: “Asno se es de la cuna a la mortaja”. Se trata de un pesimismo que se compadece evidentemente con la existencia de Cervantes y denota una acritud ante la existencia que forma parte de ese proyecto personal inherente también a escritores como Quevedo, protector y defensor de un cierto senequismo estoicista en sus sonetos.

## **2. ¿Quién es don Quijote? El axioma cervantino como técnica literaria. Metamorfosis y rebeliones.**

Desde hace un tiempo funciona en Francia una organización que lucha por el bienestar de los más desarraigados. Su nombre es <Hijos de don Quijote>. Este hecho tan significativo y que ha generado no sólo en Europa sino en todo el mundo una imagen en torno a don Quijote, nos permite hablar de un arquetipo, de un símbolo erigido en honor de un personaje literario hasta el punto de que algunos lo consideran una persona, un ser que luchó por los más humildes y con el que se identifican determinadas fisonomías, talentos o cataduras.

José María Beneyto al hablar de la relación exterior de don Quijote y en el ámbito de la cultura europea y su identidad, decía que el Quijote es una de los grandes mitos de la conciencia europea moderna. Pero también adelantaba algunos de esos rasgos, propios de la psicología, al identificarlos en su figura, como la voluntad de acción, el diálogo, la unidad y la pluralidad, el equilibrio y la libertad creadora.

Beneyto defendió que la diferencia entre Ortega y Unamuno era que el primero apostaba por el quijotismo como un movimiento vitalista de europeización en España y el segundo por la quijotización en la línea del sentido trágico de la historia de España. Incluso trajo a colación las palabras de Borges cuando afirmó que «el Quijote es una nobleza europea o mejor: es la novela de Europa».

En otra línea de pensamiento, Rafael Alvira afirmó sobre el Quijote en relación con la modernidad española que representa la lucha por lo imposible, lo imposible no como irracional sino como aquello que puede verse más allá de la razón, un heroísmo de corte cristiano en una pura tradición española, basada en la fe.

A partir de finales de siglo XIX comenzará a tomarse el *Quijote* como arquetipo de España: país desmesurado, orgulloso, donde existe un valor y un individualismo licencioso. Además, este arquetipo, hace creer en el determinismo geográfico: «El clima de desierto hace creer en quimeras y espejos (...) El Quijote es un crisol que aglutina los demás mitos de la historia española»<sup>17</sup>.

En consecuencia, si los españoles hemos inventado La Celestina, el don Juan Tenorio, la picaresca, Carmen y don Quijote y Sancho. Algo habrá en nuestro carácter que conforme estos personajes y nos conforme a la vez a nosotros mismos, nos defina como individuos, algo de símbolo o arquetípico habrá en ellos, algún espejo o referente existirá en ellos.

Por tanto, don Quijote ha servido, a través de las múltiples perspectivas<sup>18</sup> que forjan su creación (la del escritor, la del historiador, la del recopilador, la del lector, la del propio personaje) no sólo para definirse a sí mismo sino para definirnos a nosotros los españoles tomando como arquetipo una serie de conceptos como voluntad de acción, orgullo, desmesura, irracionalidad, individualismo, quimera, heroísmo cristiano, defensa del débil... Así lo declaró Luis Rosales en su presentación de la novela, que lo mejor del carácter de Don Quijote es “la entrega a sus semejantes. Don Quijote ha nacido para el prójimo: ésta es su singularidad”<sup>19</sup>.

Pero si nos centramos en los textos, *ab initio* don Quijote es como Ulises en la cueva de Polifemo: Nadie<sup>20</sup>. Don Quijote ni siquiera tiene nombre. Su autor no ha

---

<sup>17</sup> Todas estas ideas pueden leerse en la página que se encuentra en internet. En la siguiente Dirección URL: <<http://www.barcelona2004.org/esp/actualidad/noticias/html/f042728.htm>>. (Consultada el día 16/6/2004).

<sup>18</sup> Riley, op. cit., págs. 72-73: “El Quijote es una novela de múltiples perspectivas. Cervantes observa el mundo por él creado desde los puntos de vista de los personajes y del lector en igual medida que desde el punto de vista del autor. Es como si estuviera jugando con espejos, con prismas (...) Anuncia esa técnica de los novelistas modernos mediante la cual la acción se contempla a través de los ojos de uno o más de los personajes en ella implicados, si bien Cervantes no se identifica con sus propios caracteres en el sentido acostumbrado”.

<sup>19</sup> L. Rosales, *Cervantes Saavedra*, Madrid, 1970, pág. 30.

<sup>20</sup> J. B. Avalle-Arce, *Nuevos deslindes cervantinos*. [en línea] Dirección URL:<<http://www.cervantesvirtual.com/obra/nuevos-deslindes-cervantinos--0/>>.

(Consultado el día 13 de abril de 2005). Dice Avalle-Arce: “Nuestro protagonista es un hidalgo sin nombre. Este último aspecto es realmente extraordinario, puesto que un noble sin nombre es algo inconcebible, y esto por la sencilla razón de que es una cabal contradicción de términos, dado que la primera cualidad de la nobleza es el linaje, vale decir, la historia del nombre familiar. Y ahora se puede resumir lo expuesto hasta aquí en las siguientes palabras: el protagonista del *Quijote* se nos presenta *sin* el milenarismo determinismo de sangre, familia y tradiciones. Esto es de capital importancia, porque las novelas escritas con anterioridad a Cervantes echaban sus cimientos precisamente sobre este tipo de determinismo, muy en particular la novela caballeresca y la novela picaresca”.

querido darle nombre alguno (su precedente es Quijada<sup>21</sup>, Quesada, Quejana; Avellaneda incluso lo llama Martín Quijada)<sup>22</sup>. Don Quijote<sup>23</sup> no es un nombre ni un apellido, sino un apodo, un mote, obtenido de la pieza del arnés para cubrir el muslo o el cuarto trasero de las caballerías, la parte comprendida entre el cuadril y el corvejón. Un < cubremuslos > o un trasero de las caballerías es don Quijote inicialmente<sup>24</sup>.

En el capítulo I de la Primera Parte lo describe como un hidalgo rural de cincuenta años<sup>25</sup> y de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Diríamos que es, según la determinación de la psicología y la

---

<sup>21</sup> Según Américo Castro, *op. cit.*, pág. 167, Quijada procede de una familia emparentada con la esposa de Cervantes, Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano: “Los Quijadas eran gente rica, y tenida en Esquivias por judía, es decir, por cristianos nuevos, según ha de decirse correctamente. El cuñado de Cervantes, el licenciado Francisco de Palacios, o de Salazar y Palacios, manifestó en una declaración, que < siempre ha entendido que el dicho bachiller Juan Quijada fue descendiente de confesos judíos”.

<sup>22</sup> Martín de Riquer, *op. cit.*, pág. 97, dice que el apellido de don Quijote fluctuará de modo intencionado. No es el apellido del Quijote sino el mote, pero efectivamente, la fluctuación es cierta y consciente, explicada coherentemente como dudas en torno a la extracción de los datos, pues no se puede olvidar que el autor de la historia es un mero recopilador de datos de aquellos historiadores que ya han escrito algo sobre él, y por eso existen disparidades porque entre los historiadores existen.

<sup>23</sup> El término «quijote» ha sido recogido en el DRAE en segundo lugar, y como alusión y homenaje a don Quijote de la Mancha, como hombre que antepone sus ideales a su conveniencia y obra desinteresadamente y comprometidamente en defensa de causas que considera justas, sin conseguirlo; así como hombre alto, flaco y grave, cuyo aspecto y carácter hacen recordar al héroe cervantino.

También en M. Orestes Posada, “Cervantes y don Quijote” [en línea] Dirección URL: < <http://www.unico.edu.sv/liti/eventos/cervantes-2.php>>: “Pues bien, una pregunta que la magna obra de don Miguel de Cervantes suscita al lector primerizo es ¿por qué el autor escogió el sustantivo Quijote para su personaje principal? La palabra procede del Latín “coxa” que significa cadera y es la pieza del arnés que cubre el muslo del jinete. También se llama quijote cierta parte del cuarto trasero del caballo, donde encaja la pata. Pienso que el autor deseó simbolizar, con la pierna humana armada y la extremidad trasera de la cabalgadura, la condición óptica del caballero, su esencia andante. Por otra parte, la terminación ote, aunque en este caso no es el sufixo superlativo-despectivo, fonéticamente se antoja tal”.

<sup>24</sup> Cervantes ha querido dar credibilidad existencial a don Quijote como persona; para ello adopta el mote o seudónimo que es la forma de reconocerse entre el pueblo; y no podemos olvidar que el Quijote es una historia rural. España por entonces es un país donde la mayoría de sus habitantes viven en y del campo, aunque algunas ciudades experimentan un crecimiento que las convierte en urbes como Sevilla, que contaba con 120.000 habitantes, Valladolid, Barcelona o Lisboa, que en aquel tiempo forma parte de la Corona española, como el resto de Portugal. Campesinos, artesanos, criados, curas y pequeños comerciantes forman el entramado social de la península y, en especial, de La Mancha, cruce de caminos entre el norte y el sur, entre el este y el oeste, y, en consecuencia, símbolo geográfico. También S. MasPOCH-Bueno, “Don Quijote, novelista, constructor de personajes”, *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15, 1, 1995, pág. 143: “En lo que hace referencia a don Quijote, eso es exactamente lo que hace Cervantes en los primeros párrafos; toma como modelo un hidalgo rural, no ajeno a la tradición literaria, y nos lo presenta con un orden y modo casi pedagógico: al situarlo socioeconómicamente, nos explica su atuendo: “sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino”; nos dice su edad: “frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años”; su nombre: “quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana”; sus rasgos físicos: “era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro”; y sus aficiones: “gran madrugador y amigo de la caza . . . , los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a los libros de caballerías” (I, 1)”.

<sup>25</sup> También Cervantes, cuando escribe la primera parte del Quijote tiene una edad similar. Ha cumplido ya los cincuenta años. Cuando se publica la obra contaba con cincuenta y ocho.

psiquiatría, un tipo leptosomático, en consecuencia, nervioso, activo, incansable al desaliento<sup>26</sup>. Pero, al fin y al cabo, una persona normal y corriente, de clase media, diríamos, que, de pronto, pasa de ser una persona para convertirse en su correlato, en un personaje de novelas de aventuras. En este sentido dice Pérez-Álvarez<sup>27</sup>: “La de don Quijote es, por más señas, una imitación de la vida tomando como modelos personajes ficticios (que él creía reales). En lo que se excede don Quijote es en tomar modelos tan fabulosos y tratar de imitarlos literalmente. Y lo trataba de hacer además de forma artística, llevando su vida como una novela. Ahora bien, al llevar la vida como una obra de arte, don Quijote no hace sino también seguir la preceptiva estética de la época”. Se produce así el trasvase de la vida a la literatura, de la realidad a la imaginación, creándose una especie de baile de vasos comunicantes, baile de vasos comunicantes que será permanente en toda la obra desde el mismo instante en que inicia la salida. Es decir, como afirmaba con agudeza Maspoch-Bueno<sup>28</sup>, don Quijote, a partir de ahora, comienza a conformar el personaje de don Quijote, es decir, se crea a sí mismo como personaje<sup>29</sup>, se quita las galas del famélico hidalgo rural y se viste con nuevos atavíos y atributos de caballero <desfacedor de entuertos>:

«Cambia en primer lugar su indumentaria por las “armas que habían sido de sus bisabuelos”; renuncia luego a sus nombres y pasa a llamarse don Quijote de la Mancha; sustituye su afición a la caza por las ocupaciones propias del caballero andante y, en consecuencia, deja de conducirse como un hombre de su edad y se comporta según lo haría un joven. Vestido, nombre, afición y edad propuestos por el novelista han sido, así pues, corregidos por su personaje ya en el primer capítulo, y casi lo volverán a ser en el penúltimo, en el momento en que don Quijote decide seguir el segundo de sus modelos literarios, el de pastor, y amenaza con poner nombre no sólo a sí mismo, como ya había hecho, sino también al resto de personajes masculinos de su entorno: “él se había de llamar

---

<sup>26</sup> Martín de Riquer, *op. cit.*, pág. 99 dice que esta descripción física está tomada de la obra del doctor Huarte de San Juan, *Examen de ingenios* (publicada en 1575). Para él son hombres ricos en inteligencia e imaginación, de carácter colérico y melancólico, y propensos a manías.

<sup>27</sup> M. Pérez-Álvarez, “Psicología del Quijote”, *Psicothema*, Vol. 17, nº 2, 2005, pp. 303-310 [306].

<sup>28</sup> Maspoch-Bueno, *op. cit.*, pág. 144.

<sup>29</sup> D. Gallagher, “La historia de una gran amistad”, *Estudios Públicos*, núm. 100, 2005, págs. 19-38 [36]. La hipótesis que venimos sosteniendo de la conformación de don Quijote como un personaje literario se evidencia también con estas palabras de Callagher que, indirectamente, sostiene la misma idea: “Don Quijote, como buen hombre del Renacimiento, efectivamente ve el mundo como una representación, una comedia: le explica a Sancho que lo es después del episodio de la carreta de los representantes. Pero para don Quijote la bondad de ese hecho está en que por consecuencia, él puede decidir qué papel actuar”. El concepto de representación de un papel sería clave para constatar la hipótesis.

el pastor Quijotiz; y el Bachiller, el pastor Carrascón; y el Cura, el pastor Curambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino” (II, 73)».

Se produce una rebelión<sup>30</sup> del personaje con sus creadores y decide tomar las riendas de su propia existencia: “En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante”<sup>31</sup>.

El concepto de locura había sido estudiado por Américo Castro en su obra *El pensamiento de Cervantes*, que considera como precedente la obra de Erasmo *Stultitiae laus*<sup>32</sup>, que, probablemente (así lo piensa Menéndez Pelayo), habría conocido en su momento Cervantes<sup>33</sup>. F. Márquez Villanueva ha tratado el tema en “La locura emblemática en la segunda parte del *Quijote*”<sup>34</sup>; de sus reflexiones sobre todo me interesa la idea siguiente: la paradoja de la locura sabia y de la cordura indiscreta: “El loco cuerdo de la vida como arrojo y el cuerdo loco de la vida como renuncia a la acción, no dejan de ser un buen par de <locos> asentados en los respectivos cuernos de un dilema ético. Con lógica correlativa, la técnica cervantina recurre, además, a la emblemática de la locura bufonesca para proclamar esa coincidencia en la oposición”.

Sin embargo, considero que todo ese nacimiento de la <locura> que se le ha dado en tener a don Quijote irá implícito en el proceso de rebelión del personaje, en su metamorfosis. Nace desde el momento en que Quijano, Quesada o Quijada se transforma en don Quijote de la Mancha, quiere ser otro, mirarse en el espejo de las

---

<sup>30</sup> Ibidem pág. 145: “Si cambiamos de óptica y, en lugar de hablar de Cervantes como novelista consideramos a todos los que, desde dentro de la novela y ajenos a don Quijote, participan en mayor o menor grado de la narración de sus aventuras, podemos observar algo parecido. En efecto, esa primera persona que en los primeros capítulos dice estar siguiendo a otros autores y a los Anales de la Mancha para contar la historia de don Quijote, esa otra primera persona—quizá la misma de antes según se entiendan las expresiones “el autor desta historia” y “el segundo autor desta obra” del párrafo final de I, 8—que pasea por el Alcaná de Toledo (I, 9), los “autores” que no se ponen de acuerdo con el nombre de hidalgo (I, 1) o con la primera de sus aventuras (I, 2), los Anales de la Mancha (I, 2), los académicos de Argamasilla (I, 52), el pintor de la escena con el vizcaíno (I, 9), Cide Hamete Benengeli y su traductor del árabe (I, 9 en adelante), todos, en fin, incluso la tradición oral—que se sigue del “dicen” que encabeza II, 44—, aportan su parte en la construcción del personaje don Quijote; lógico será que éste, ante tanta intromisión, se rebele y ejerza el derecho de ser y actuar como él mismo desea”.

<sup>31</sup> Cervantes, *op. cit.*, (I, I).

<sup>32</sup> La publicó Erasmo en 1509, que encuentra en el loco de la corte la metáfora para desarrollar una idea sobre cómo debe ser la moral. También Marcel Bataillon habla de la influencia de esta obra de Erasmo en Cervantes, en su obra *Erasmo en España*, México, 1966.

<sup>33</sup> F. Márquez Villanueva, *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, 1995, pág. 40. Considera que “los simbolismos emblemáticos de la locura bufonesca eran harto bien conocidos y moneda aceptada y corriente en la literatura de la época”. Y expone algunos ejemplos, como la parodia del romance morisco *Ensílleme el potro rucio*, uno de los más famosos de Lope de Vega, que lleva a cabo Góngora.

<sup>34</sup> Ibidem.

historias que ha leído y ser un individuo diferente. De modo que la locura no es sino una forma de desdoblamiento de la personalidad o de asunción del motivo del espejo:

“El resultado es que don Quijote se caracteriza por una melancolía mimética y una locura literaria (...) Por su lado, la psicología sacada del Quijote sirve para dar cuenta del principio constructivo de la persona precisamente en la vida real. Este principio, no en vano denominado ‘principio quijotesco’, consiste en la adopción por parte de una persona de una nueva identidad tomada de modelos literarios (y de otro tipo). La relación entre la nueva identidad y la persona previa se analiza en términos de la dialéctica persona/personaje. Dada la generalidad del principio quijotesco, se hace ver que la vida corriente está llena de quijotes (aunque pocos con el *valor* de don Quijote)”<sup>35</sup>.

Pero es además el propio don Quijote el que lo va a decir con meridiana claridad en el último capítulo de la segunda parte:

“—Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogañó. Yo fui loco y ya soy cuerdo, fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano”<sup>36</sup>.

Esta nueva situación genera una nueva verdad, <mi verdad>, dice don Quijote, justo en el momento en que acaba de transformarse de nuevo en el que era, en el que fue. Don Quijote era un personaje. Alonso Quijano el Bueno, una persona. Ahí radica la aventura de la obra literaria y su verdad literaria. La consolidación definitiva del personaje don Quijote llega con el hijo de Bartolomé Carrasco de Salamanca (cap. II, de la segunda parte), el bachiller Sansón Carrasco. A partir de entonces se habla de la fama que ya tienen los personajes del libro. A partir de este pasaje la literatura y la vida se darán la mano definitivamente, si es que alguna vez no dejaron de dársela.

De modo que si Narciso se ahoga al contemplarse en las aguas del río, también en cierto modo Quijada, pero para transformarse ya en la esencia del espejo, en una suerte de héroe trasnochado y espectral. Él quiere transformarse en un ente de ficción, en un personaje novelesco. Y lo consigue gracias a la literatura. No existe un proceso de perversión personal, no existe una raíz psiquiátrica sino una profunda raíz literaria. Don

---

<sup>35</sup> Pérez-Álvarez, *op. cit.* 303.

<sup>36</sup> Cervantes, *op. cit.*, pág.708.

Quijote llega desde la literatura caballeresca, llega desde una tradición en la que está inmerso (para transformarla sin duda, pero anclado en ella) y sólo desde esta perspectiva es un personaje, un ente de ficción: lo que no quiere decir menos real que Quijano o Quesada. ¿Dónde estarán los límites de la realidad como podría afirmar Borges? Cuando al final del último capítulo Cervantes siente pena no lo hace, a nuestro entender por la muerte cercana de Alonso Quijano, sin por la transformación definitiva en persona, y, en consecuencia, por la muerte de su ente de ficción. Cervantes lloraría por don Quijote no por Alonso Quijano. Alonsos Quijanos hay muchos, don Quijote sólo uno. Así lo considera también Pérez-Álvarez<sup>37</sup> aunque con unos matices diferentes y precisos:

“De esta manera, don Quijote viene a ser el personaje y Alonso Quijano la persona de partida (un hidalgo que se lanza como caballero andante). Aunque los dos son personajes literarios, don Quijote es más literario no ya sólo por estar embebido de literatura, sino porque de hecho resulta ficticio (fingido) respecto de Alonso Quijano, más atenido a la realidad histórica. Como quiera que sea, persona y personaje vienen a ser *el* mismo, si bien no son *lo* mismo. Este doble aspecto constituye a la persona real (Pérez-Álvarez, 2004b), aunque su principio constructivo parezca enteramente literario (cuyo paradigma sería precisamente el Quijote). A este respecto, importa percibir la dialéctica persona/personaje dada entre Alonso Quijano y don Quijote. La persona (Alonso Quijano) se pone en obra como personaje (don Quijote) y el personaje re-obra sobre la persona. Como dijera don Quijote, cada uno es hijo de sus obras. Esta complicada dialéctica se puede describir, no obstante, conforme a un proceso de tres momentos consistentes en fingir, fungir y forjar (Pérez-Álvarez y García-Montes, 2004)”.

Si Augusto Pérez en *Niebla* de Miguel de Unamuno quería convertirse en un ser real siendo un ente de ficción, Alonso Quijano, Quesada... partiendo de la realidad que le ha dado el narrador desea convertirse en un ente de ficción para posteriormente acabar la obra siendo lo que fue, un pobre hombre. Es la idea que sustenta Avalle Arce<sup>38</sup> cuando dice:

“El tema que me propongo abordar es cómo don Quijote elevó su vida al nivel del arte, con gesto de olímpico desdén hacia la prosaica realidad. Y al impulsarle hacia dicha superación,

---

<sup>37</sup> Pérez-Álvarez, *op. cit.*, pág. 307.

<sup>38</sup> J. B. Avalle-Arce, *Nuevos deslindes cervantinos*. [en línea] Dirección URL:<<http://www.cervantesvirtual.com/obra/nuevos-deslindes-cervantinos--0/>>. (Consultado el día 13 de abril de 2005).

su creador reveló para siempre esa taracea tenue y delicada que forma, de manera casi paradójica, la mezcla inextricable de realidad y ficción que llamamos vida. El propio comienzo de la novela indica a las claras cuál será el nuevo sistema de coordenadas que Cervantes postula entre vida y literatura. En efecto, de acuerdo con este autor (se refiere a Leahey, 2005), el Quijote sería «la primera creación literaria en la que la conciencia, el carácter y la personalidad del protagonista se exploran de manera artística» (p. 101). Es más, aun cabría decir que dichos constitutivos psicológicos son antes que nada ‘creaciones literarias’. En este sentido, la literatura psicológica, sin duda plural, vendría a ser ‘recreaciones científicas’. ‘Literatura científica’, podría proponer Sancho Panza, extendiendo la célebre solución del ‘baciuelmo’”.

Sin embargo, en el proceso creador y conformador del personaje él no las llevará todas consigo, él no se erige en dueño de sí mismo y de su mundo, de su futuro, sino que depende de otros<sup>39</sup>, porque no es narrador en primera persona de sus propias aventuras sino que siempre dependerá de la voz de otros para conformarlas<sup>40</sup>. Estaríamos en presencia de una obra colectiva, la primera gran obra colectiva de la humanidad en la que el personaje no sólo no se crea sino que es creado por múltiples individuos (el pueblo como ente creador que existe pero que no existe porque es una ficcionalización en manos del creador Cervantes) que pueden ser sus creadores y lo son en cierto modo. Lo que produce un proceso rico y enriquecedor no visto hasta entonces en la literatura. Es lo que le ha llevado a decir a Brito Díaz<sup>41</sup> que

“Es el *Quijote* una escritura de escrituras o, por mejor decir, la escritura de escrituras: la peripecia cervantina en describir y descubrir voces narrativas en la voz que discute la acción autorial de la historia del hidalgo-caballero se convierte en la aventura amanuense de una cadena de escribas que se leen y escriben unos a otros: más caras intradiegeticas, intermediarios, lectores, traductores, copistas o historiadores se disputan el privilegio de

---

<sup>39</sup> Cervantes, *op. cit.*, pág. 53: “Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muerto de hambre...” Obviamente son muchos los que intentan crear al personaje y hacerse dueños de él.

<sup>40</sup> Por eso realiza estos comentarios Orestes Posada, *op. cit.*, referidos al final de la obra: “Cuando Alonso lamenta «...la ocasión que sin yo pensarlo di de haber escrito tantos y tan grandes disparates...» funde en un solo ser, tres seres: don Quijote, don Alonso y don Miguel. Porque en realidad es el último (don Miguel) quien habla de sí mismo como escritor y parece olvidar que el que testa es Quijano. Éste sí recuerda, y con pena, lo que hizo en su etapa de Quijote”.

<sup>41</sup> C. Brito Díaz, “Cervantes al pie de la letra: Don Quijote a lomos del <Libro del Mundo>”, *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 19, 2, 1999, págs. 37-54 [46-47].

presentar y enjuiciar el mundo narrativo con la particular ilusión de hacerlo in situ, a saber, de puertas adentro en el edificio de la narración”.

En consecuencia, don Quijote no es sólo un personaje sin nombre, sino que también es un personaje sin rostro, sin historia (obviamente no en el sentido amplio, sino en el sentido restringido, el de que no puede haber historia si no la crea uno mismo), porque es una historia que la han inventado entre todos y susceptible de ser interpretada, es una historia tramposa, es una historia marcada desde el principio y Cervantes se erige en el jugador de historias que fue. Quiere dirimir. Quiere ser el juez de las historias y aportar también su parte de diégesis. De ahí que en la segunda parte sean los demás quienes crean al héroe, el personaje deja de ser ya un ente de ficción para convertirse en una mezcla de las dos cosas, entrando en un camino en el que la ficción tiene tanta fuerza y tanta realidad como la fantasía, una idea que siempre defendió Borges<sup>42</sup> y también defiende Castro:

“Se ha advertido desde hace mucho que la segunda parte del Quijote gira en torno a las aventuras que los demás crean al héroe, aventuras que en la primera parte surgen por sí mismas”<sup>43</sup>.

Incluso Brito Díaz<sup>44</sup> habla de hombre-libro como una forma de concebir esa visión de literatura-vida de proceso conformador en el marco literario:

“Letra encendida de otras letras, no escribe porque vive escrituras ajenas: la fidelidad a los modelos literarios transforma su vida en una re-lectura que escinde del viejo hidalgo Alonso Quijano una criatura literaria que, a pesar de la emulación vehemente, se desvía del hipotexto. El proyecto bio-literario queda truncado por la impericia de su mismo gestor, que precipita una imagen del caballero andante que va contra el modelo escrito del caballero andante. Sin embargo, don Quijote, que no es actor de sí mismo porque se sabe *otro*, mantiene la coherencia de su identidad incluso cuando existe manipulación externa”.

---

<sup>42</sup> Borges, “Entrañable”, *op. cit.*, “Cuando en la ficción nos encontramos con un verdadero personaje, sabemos que ese personaje existe más allá del mundo que lo creó (...) Porque por supuesto, Cervantes era un hombre demasiado sabio como para no saber que, aun cuando opusiera los sueños y la realidad, la realidad no era, digamos, la verdadera realidad, o la monótona realidad común. Era una realidad creada por él; es decir, la gente que representa la realidad en Don Quijote forma parte del sueño de Cervantes tanto como Don Quijote y sus infladas ideas de la caballeridad, de defender a los inocentes y demás. Y a lo largo de todo el libro hay una suerte de mezcla de los sueños y la realidad.

<sup>43</sup> A. Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, 1980, págs. 83.

<sup>44</sup> *Ibidem*, págs. 49-50.

Don Quijote, será un puzzle también, porque sólo desde la perspectiva final podemos interpretarlo y conocerlo ya que se va formando a cada instante y a cada instante va variando sus posiciones. ¿O acaso no es distinto el don Quijote del principio del don Quijote del final de la obra? Es lo que le ha llevado a Américo Castro a hablar de la *realidad oscilante*. Don Quijote no está nunca definido y, en consecuencia, tampoco la realidad, un concepto mucho más amplio que lo que la razón determina (y los personajes que le dan vida) y se inserta en una serie de causas también de tipo idealistas que tendrían sus orígenes en el pensamiento platónico. Don Quijote es la imagen que proyecta la cueva de Platón. Y esto sólo es capaz de surgir a través de la presencia de un personaje que es motivo literario, que tiene como ideal de vida la imitación de los caballeros andantes (que nunca existieron sino en la literatura). Su percepción de la realidad es, en consecuencia, más completa porque introduce elementos idealistas que el común de los mortales no asimila. Es lo que le ha llevado a Castro<sup>45</sup> a decir:

“Don Quijote es el mayor portador del tema de la realidad oscilante (...) Esa inseguridad acerca de la consistencia de lo que vemos, a veces de da plenamente en Don Quijote, es decir, que un mismo objeto puede ofrecer diferentes apariencias (...) El Hidalgo sabe que lo visto por la gente posee muchos modos de realidad”.

Y no podría ser de otro modo porque como ente de ficción su realidad se está forjando (a cada instante) pero también desde diversas ópticas y puntos de vista, ampliándola y enriqueciéndola. La realidad de don Quijote es tan rica como la de los personajes del XX, por eso se ha dicho que es la primera novela moderna. Y hacia el final don Quijote volverá a ser el que fue, Alonso Quijano: la literatura dejará de serlo y de nuevo aparecerá de modo circular la vida, aunque los matices de una y otra la unifiquen y la realidad y los sueños sean compatibles, comparables y asumibles: “Pero él se divirtió recordándonos que aquello que tomamos como pura realidad era también un sueño. Y así todo el libro es una suerte de sueño. Y al final sentimos que, después de todo también nosotros podemos ser un sueño”<sup>46</sup>. Don Quijote desaparece cuando ya

---

<sup>45</sup> Castro, *op. cit.*, pág. 83.

<sup>46</sup> Borges, “Entrañable”, *op. cit.*

deja de serlo y se ha metamorfoseado en Alonso Quijano, un final tomado de Dante, como nos recuerda Fontaine<sup>47</sup>:

“La inesperada mutación ocurre durante el sueño. “. . . Durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas” (II, Cap. LXXIII, p. 1216). El procedimiento es antiguo. Lo usó el Dante en la *Divina comedia* al mienzo del *Infierno* y del *Purgatorio*. Sirve para explicar una transición misteriosa. Durante ese sueño muere don Quijote y resucita Quijano. “Y no me pesa sino que este desengaño haya llegado tan tarde” (II, Cap. XXIII, p. 1217)”.

---

<sup>47</sup> A. Fontaine T., “Quijotadas”, *Estudios Públicos*, núm. 100, 2005, págs. 397-428 [425].